



AÑO II

BARCELONA 5 DE NOVIEMBRE DE 1883

Núm. 97

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SEÑORITA Y CRIADA, cuadro por E. Blaas

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—EL FÉMUR DE JUAN CRUZ (*Conclusion*), por don Julio Parra de Murviedro.—MATITAS, por don A. Sanchez Perez.—GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE de los Sres. Alberto y Gaston Tissandier.

GRABADOS.—SEÑORITA Y CRIADA, cuadro por Eugenio Blaas.—LOS ÚLTIMOS GLADIADORES, cuadro por J. Stallaert.—EL NUEVO PALACIO DE JUSTICIA EN BRUSELAS construido segun los planos de M. Polaert.—REFUGIUM PECCATORUM, cuadro por Luis Nono.—GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE de los Sres. Alberto y Gaston Tissandier.—Lámina suelta: E PUR SI MUOVE, dibujo por Enrique Serra.

REVISTA DE MADRID

La biblioteca del Ateneo.—Mudanza de ese establecimiento.—La antigua casa y la nueva.—El salon de sesiones.—El concurso de los pintores.—Aumento de secciones.—La música en boga.—El hombre más festejado de Madrid.—*Apolo*, San José y *San Franco de Sena*.—Rehabilitación del teatro.—Apoteosis de Arrieta.—Diálogo en el pasillo.—El *Demi-monde* en la *Comedia*.—*Beefsteak* á la española!

Dentro de pocos dias transitarán por las calles de Madrid una porcion de vehículos cargados con la ciencia y el arte de todas las generaciones humanas.

No habrá principio, ni sistema, ni teoría, que no se pueda considerar incluido en aquellas cargas preciosas que recorrerán el trayecto comprendido entre la calle de la Montera y la calle del Prado, y harán su entrada triunfal en un edificio recientemente construido.

Los hombres indoctos verán pasar indiferentemente aquellos carros de mudanza; pero la gente instruida, las personas que anhelan ardientemente la cultura pública, se inclinarán respetuosamente ante el cúmulo de libros trasportados á sus nuevas estanterías, diciendo con frases encomiásticas:

—¡Ahí va la biblioteca del Ateneo!

* *

En efecto, el Ateneo se mudará dentro de algunos dias. Tiene casa propia, merced á los auxilios de muchas personas que todavía conservan vivo y tenaz el sentimiento de la ilustracion patria.

Cierto que las más delicadas esencias no pierden su perfume ni sus excelentes cualidades por estar contenidas en vasijas de mezquino barro. «El hábito no hace al monje»—dice el refran; y al través de un cuerpo de mísera apariencia puede alentar un espíritu de gran penetracion y de altísimos vuelos.

Pero siempre es mejor dar un buen albergue á las cosas que llevan consigo muchos quilates de enaltecimiento.

La antigua casa del Ateneo,—aquella en que todavía reside, pero que muy pronto será abandonada,—es mezquina, pobre y fea. La nueva casa, en cambio, tiene condiciones para el fin á que se halla destinada.

Los arquitectos han hecho maravillas. La casa, vista desde fuera, parece que no ha de bastar á contener todo el número de socios. La fachada es hermosa, pero estrecha. La irregularidad del solar ha hecho que el frontispicio del Ateneo sea una especie de símbolo de la sabiduría. El acceso al gran templo de la ciencia es limitado y dificultoso... Pero despues de haberse cruzado el pórtico, se ensancha el dominio intelectual y el alma recorre amplísimos espacios.

Tal es lo que pasa en el Ateneo. Despues de una fachada que parece, por su estrechez, una cinta de piedra,—permítaseme el simil,—tejida con primorosas labores y agujereada por una gran puerta, el local se extiende por dentro, tomando considerable parte de un jardín, y ofreciendo á la vista extensos salones de conversacion y de lectura, una biblioteca montada con arreglo á los últimos adelantos, un salon de sesiones, alto, espacioso, bien acondicionado, con la debida separacion entre los asientos del público y los de los socios, con elegantes tribunas para que puedan asistir señoras, con hermosa luz zenital durante las horas de día, y con magníficos aparatos de iluminacion durante la noche,—un salon, en fin, que por su propia belleza inspirará elevados conceptos á las personas que allí esgriman, en lid provechosa, las armas de su inteligencia.

Imaginad ahora todo esto, decorado por nuestros primeros artistas, cuyo pincel se ha puesto á disposicion de la Junta del Ateneo, y algunos de los cuales han terminado ya con este objeto preciosas pinturas; suponed la animacion, el entusiasmo que invadirá aquellos salones el día en que se inauguren; calculad la importancia que indudablemente tendrá el discurso que ha de leer el actual presidente D. Antonio Cánovas del Castillo; dad por supuestos los aplausos, las enhorabuenas mutuas, las albricias y los plácemes de todos los socios... y despues de todo esto podeis considerar mentalmente instalada esa docta Sociedad en su nuevo edificio, que están terminando multitud de obreros, y que dentro de poco será brillante ornamento de la calle del Prado.

El Ateneo aumenta sus trabajos. En los cursos pasados no había más que tres secciones dedicadas al choque de los debates:

Seccion de literatura, seccion de ciencias físicas y naturales, y seccion de ciencias morales y políticas.

Pues bien; en la nueva casa proyéctase introducir dos secciones más: la de ciencias históricas, y la de música. ¡Oh! socios filarmónicos, habeis vencido. El piano estaba desterrado del Ateneo. El piano entrará ahora con todos los honores de su rango.

El bello ideal de los *dilettanti* del Ateneo es abarcar todas las esferas del arte y de la ciencia.

En una palabra...; quieren tocar muchas teclas!

* *

No ha de privarse el Ateneo de sesiones musicales, cuando la música es lo que más priva.

Yo mismo haria uso del pentágrama musical si no temiera que estas revistas saliesen *confusas*.

Lo cierto es que por encima de todas las combinaciones políticas de gobernadores, de secretarios, de altos empleados, flota en los actuales momentos un nombre que por privilegio de unanimidad absoluta se halla en todos los labios.

¡Este nombre es el de Arrieta!

La persona hoy por hoy más festejada en todo Madrid es el inspirado autor de la música de la zarzuela *San Franco de Sena* que todas las noches lleva al teatro de Apolo un numeroso contingente de admiradores.

Arrieta es el *sucoso* del día.

Se le agasaja, se le mima, se trata de celebrar banquetes en honor suyo, y se recogen suscripciones en varios establecimientos para regalarle una corona que ciña sus sienas de artista.

El fervor del público es justo y merecido.

Sobre esa magnífica obra, ideada mucho ántes de morir por el insigne autor dramático Ayala, ha vertido el señor Arrieta verdaderos raudales de inspiracion divina.

A su soplo creador se han desvanecido las preocupaciones que alejaban al público del teatro de Apolo.

Era este un coliseo desgraciado. Sea porque se hallaba edificado en el solar de un templo, sea porque el público no se encontraba á su sabor en aquellos palcos profundos y sombríos, de estilo francés, y desprovistos de la alegría que es proverbial en los teatros españoles, lo cierto es que la ausencia de espectadores ha arruinado en varias ocasiones á los distintos empresarios del teatro de Apolo.

Pero hoy el aspecto ha cambiado.

Entre Apolo y San José, bajo cuyo patrocinio se halla la iglesia inmediata, parece haberse firmado un convenio.

El dios Apolo presta el local, y *San Franco de Sena* pone de su parte la música sublime de Arrieta.

Corresponde al público proporcionar el entusiasmo, y satisface el tal su parte alícuota con fervor tan extraordinario que todas las noches hace salir al palco escénico una porcion de veces al Sr. Arrieta.

Algunos desearian verle salir en el aire, sustituyendo la aparicion milagrosa del final del segundo acto, con nubes, y corona, y ángeles á los piés para mayor exaltacion de su gloria.

Pero el ilustre director del Conservatorio dice sonriendo:

—No; esto no me corresponde. Yo podré haber escrito música agradable, música que entusiasma al público; pero... *música celestial*... ¡De ninguna manera!

* *

Oido en un entreacto:

—¿Qué te parece la traduccion?

—¡Hombre! ¡Si no lo es!

—¡Cómo que no! Pues ¿qué quiere decir esto: *Franco* (moneda francesa) y *Sena* (rio que pasa por Paris)?

—¡De modo que segun tu opinion deberia haberse puesto otro título!

—Sí; este, por ejemplo:

Peseta del Manzanares.

* *

Gran triunfo de la señora Tubau y de los señores Mario y Sanchez de Leon en el teatro de la Comedia.

Representan el *Demi monde* admirablemente.

Maria Tubau de Palencia hace el papel de baronesa *d'Ange* con gran pericia artística.

Mario imprime un imborrable sello de naturalidad y de intencion filosófica al carácter de Olivier de Jalin.

Y Sanchez de Leon parece que ejecuta su apasionado papel de Nanjac montado en unos zancos... Tanto es lo que ese apreciable actor se ha crecido.

Los tres obtuvieron incansables aplausos... Y da gusto oír en castellano... en buen castellano, ¡palabra de honor! las agudas frases y los ingeniosos conceptos de Alejandro Dumas, hijo!

Don Luis Valdés, traductor de la obra, merece los encomios del público.

No es como esos arregladores que destruyen la obra original, á pretexto de acomodarla á los usos y costumbres de España.

¡Horror! Yo comparo esos arregladores con los que van á cenar á un café diciendo al mozo:

—Tráeme un biftek.

—Está bien, señorito.

—Pero... oye; que lo hagan á la española.

PEDRO BOFILL

Madrid 3 noviembre 1883.

NUESTROS GRABADOS

SEÑORITA Y CRIADA, cuadro por E. Blaas

El bello cuadro de este notable artista, cuya reproduccion, admirablemente grabada por Brend'amour, insertamos en la primera página, ha llamado con justicia la atencion en la última Exposicion artistica de Viena por la belleza de las figuras, la correccion del dibujo y lo delicadamente vigoroso del colorido, cualidades que distinguen en alto grado al pintor de Blaas. Hijo éste de otro artista tirolés de quien recibió sus primeras lecciones, ha recorrido las principales naciones europeas ávido de estudiar y de perfeccionarse en su noble profesion, y hoy se halla establecido en Venecia, en cuyas costumbres, así antiguas como modernas, ha buscado los asuntos de la mayor parte de sus lienzos, asuntos que sabe tratar con la soltura y acierto que se echan de ver en los dos tipos femeniles de nuestro grabado.

LOS ÚLTIMOS GLADIADORES, por J. Stallaert

Esta hermosa composicion, interesante por su asunto, grandiosa por su concepcion, ejecutada vigorosamente y con pleno conocimiento de época, es una bella apoteosis de la influencia del cristianismo en las costumbres paganas. La accion tiene lugar en la ensangrentada arena del circo: dos gladiadores, etíope al parecer el uno y galo el otro, han reñido con el odio que inspiran la rivalidad en los ejercicios corporales y la diversidad de raza. Uno de ellos ha sucumbido y su contrario, en el paroxismo del furor, vá á hundir en el cuerpo del vencido el horrible tridente cuyas heridas son mortales de necesidad. Ni el pueblo embrutecido pide gracia para el infeliz que vá á perder la vida, ni las vestales, esas inconcebibles vírgenes embriagadas por el hedor de la sangre de los luchadores, se toman la molestia de levantar la mano en señal de perdon. Vestales y pueblo necesitan emociones crueles: los dioses del Olimpo no predisponen los corazones á la clemencia.

Un hombre, empero, se atreve á arrostrar el furor del pueblo y la ira brutal del gladiador; un anciano venerable é inerme se lanza á la arena del circo y en lugar de blandir la espada que mata, levanta al cielo la mano que bendice y pronuncia junto al vencedor las sublimes palabras símbolo de la nueva doctrina: *amaos los unos á los otros como hermanos*. El luchador atónito contempla con más asombro que odio al que de tal suerte contiene su vengativo brazo; un nuevo mundo parece surgir á su vista; Dios llama á su pecho por boca del inspirado cristiano... El bárbaro que iba á dar la muerte á su semejante, quizás la reciba resignadamente: la fe cristiana convirtió á muy esforzados gladiadores en más esforzados mártires.

EL PALACIO DE JUSTICIA EN BRUSELAS
construido segun los planos de M. Polaert

La nacion belga ha demostrado prácticamente cuánto vale un pueblo ilustrado, siquiera no figure en el número de las grandes potencias que lo son únicamente por la suma de sus habitantes ó el alcance de sus cañones. El día 15 de octubre último inauguró su nuevo palacio de justicia, el más vasto edificio de Europa (26,000 metros superficiales) empezado á construir en el reinado de Leopoldo I, y cuyo coste ha ascendido á unos 50 millones de pesetas. En él se albergan digna y hasta lujosamente todos los tribunales de la capital, desde el de Casacion hasta el de Paz, desde el civil en su más inferior instancia hasta el militar en su más elevada jerarquía. Veintisiete salones destinados á tribunal propiamente dicho y doscientas cuarenta y siete dependencias, constituyen este inmenso palacio, situado en el punto culminante de la ciudad, al extremo de la calle de la Regencia.

Es tal la fastuosidad empleada en decorar este monumento, que algunos han creído deber criticarla por excesiva. No estamos de acuerdo: el templo de la Justicia nunca será excesivamente magnífico. Quédense esas censuras para aquellos pueblos que construyen hipódromos cuando carecen de hospitales ó levantan plazas de toros mientras albergan á la magistratura en exiguas y hasta indignas estancias de conventos suprimidos.

REFUGIUM PECCATORUM, cuadro por L. Nono

¡Pobre mujer!... Ha cometido una de esas faltas que la ley no castiga, pero que la sociedad no perdona. Arrodillada, postrada, abatida mejor dicho, ante una imagen de la Madonna en la calle principal de Chioggia, la jóven atribulada busca un refugio á la sombra de aquella reina de los cielos que pesa simultáneamente los pecados de las almas débiles y las lágrimas de los corazones arrepentidos. La madre del Dios de los cristianos es ménos implacable que algunos de sus puritanos adoradores; la Virgen de Belen no puede echar en olvido las palabras de su Hijo:—El que se encuentre exento de pecado, arroje la primera piedra.

Luis Nono es un pintor veneciano que en poco tiempo ha adquirido justa celebridad. El cuadro que le reproducimos llamó poderosamente la atencion en la última Exposicion romana de bellas artes. El rey de Italia adquirió este notable lienzo, impregnado de un sentimiento tanto más verdadero, en cuanto se exhibe y comunica con mayor economia de recursos rebuscados.

E PUR SI MUOVE, dibujo por Enrique Serra

El recuerdo de la célebre frase del inmortal Galileo es donosísima ocurrencia del autor de esta composicion. Dos hombres de armas han penetrado, Dios sabe cómo, en la estancia de un sabio, y sin respeto á la ciencia, hacen de

los infolios profana mesa de su báquico recreo. Uno de esos hombres, mal seguro sobre las piernas, aplica entrambas manos sobre la esfera terrestre, que gira bajo la presión del ebrio, de igual suerte que gira la estancia, si el soldado ha de dar crédito á sus sentidos embrutecidos por el vino. Entonces es cuando le viene naturalísimamente á la memoria la exclamación de Galileo.

Este dibujo acredita una vez más que Enrique Serra se dedica al arte con fe y con éxito.

EL FÉMUR DE JUAN CRUZ

(Conclusion)

—Está V. exaltado y febril. Vuelva á su casa y durante unos días no se ocupe V. de nada. Las heridas producidas por trabajos de anfiteatro suelen tener malas consecuencias.

Moran siguió á medias el consejo de su compañero. En vez de acostarse inmediatamente y ponerse á dieta por causa de la calentura, volvió á su casa é intentó almorzar. Se sentó á la mesa, mas no bien lo hubo hecho, vió enfrente de él á Juan Cruz, sentado y mirándole fijamente.

El doctor se puso en pié, se llevó la mano á la frente, trasladóse á su despacho, escribió una receta que envió á buscar inmediatamente y se acostó.

Comenzó á delirar, y su ama de llaves, excelente mujer que le servía hacía muchos años, mandó llamar al doctor Romero. Este declaró que el enfermo tenía calentura perniciosa grave, causada por envenenamiento anatómico.

Moran, en su delirio, repetía incesantemente el nombre de Juan Cruz y extendía los brazos como para rechazar al espectro.

Pasados algunos días, disminuyó la fiebre y el doctor entró en la convalecencia; pero su mirada reflejaba un extravío que hizo temer mucho por su razón.

Por fin se restableció y emprendió su acostumbrado género de vida. Sin embargo, no volvió á entregarse á sus experimentos, ni puso los piés por la sala de clínica de la calle de la Verónica.

VI

Una mañana el doctor se dirigía hácia el hospital, bajando por la calle de Santa Isabel.

Al llegar junto á la fuente, en la que sólo había algunas mujeres, un golpe de viento se llevó el sombrero de aquel, haciéndole volar por encima del pylon. Moran y las mujeres, que le habían visto caer al suelo, le buscaron inútilmente; el sombrero había desaparecido.

Cerca de la fuente jugaban algunos muchachos, pero no era creíble que estos le hubieran tomado y pudiesen ocultarle.

No pareció: aquello era maravilloso.

Al retroceder á su casa para tomar otro sombrero, el doctor se encontró con uno de los practicantes que habían presenciado la última experiencia eléctrica practicada en la calle de la Verónica, y enterado por aquel del incidente del sombrero, dijo chanceándose:

—Indudablemente es una mala pasada del rencoroso Juan Cruz.

Moran no le contestó. Subió á su casa, tomó un sombrero y en vez de ir al hospital, se dirigió á la del doctor Romero, que á aquellas horas tenía consulta pública.

—Amigo mio,—le dijo,—vengo á hablar á V. de cosas graves. La verdad es que yo creo que me voy volviendo loco; el espectro de Juan Cruz no se separa de mi vista, me sigue por todas partes; y yo quiero pedir á V. un favor.

—Cuántos V. necesite; sabe que somos antiguos amigos.

—Pues bien, obsérveme V., y apénas note en mí algo grave, condúzcame lo más ocultamente que pueda á un manicomio.

—Pero, hombre....

—Sí, amigo mio, á un manicomio. No quiero dar el doloroso espectáculo de mi demencia.

El incidente temido por el doctor no tardó en acaecer. Un día, estando practicando una operación en el hospital, comenzó á gritar: «¡Juan Cruz, Juan Cruz!» y arrojando el bisturí por una ventana salió á la calle corriendo.

Aquella misma tarde, el doctor Romero, pretextando una consulta, le condujo al manicomio de Carabanchel, de cuyo director era amigo.

Durante algun tiempo hubo que aplicarle la camisa de fuerza. Despues, se fué sosegando; pero indudablemente siempre creía ver el espectro de Juan Cruz, pues así lo indicaba la fijeza de su mirada.

Se encerró en un silencio sombrío y no contestaba á las preguntas del médico que le asistía. El doctor Romero iba á verle con frecuencia. Moran le miraba cara á cara; pero no le conocía ó fingía no conocerle.

—¡Qué cosa tan pobres el cerebro humano!—decía aquel al director del establecimiento.—Hé aquí una gran inteligencia aniquilada en un momento por un exceso de materialismo. El materialismo produce la barbarie y esta engendra la locura: el espiritismo es la fuerza del entendimiento y el origen de la vida.

El doctor Romero, por causa quizá de su fervor espiritualista, cristiano y, por consecuencia, creyente, se afilió, aunque mediante lentas gradaciones, á la escuela espiritista. Primeramente vió sin creer; despues, poco á poco, llegó á creer sin ver. Su ambición científica y su carácter predispuesto á lo sobrenatural hicieronle aspirar á ser *medium* y lo consiguió.

Comprendiendo el desvío de la facultad de medicina hácia la secta espiritista, Romero ocultó cuanto pudo sus aficiones, y este misterio redoblaba el atractivo de sus creencias.

La catástrofe de Moran y la historia de Juan Cruz le afirmaron más y más en aquellas; y en las relaciones del doctor sin corazón y del cadáver atormentado veía diseñarse el dedo de la Providencia.

VII

El doctor Romero asistía con frecuencia á una reunión espiritista, en donde una sociedad *escogida* se entregaba á sus lucubraciones.

Allí, evocados por la fe de los adeptos, desfilaron los espíritus más célebres, contestando complacientemente á las preguntas más difíciles.

Una noche acaeció en la sesión un suceso extraordinario.

El *medium* (que era el doctor) había evocado el espíritu de San Francisco de Sales.

Al formular la pregunta de ordenanza:—¿Quién está aquí?—el espíritu dió sobre la mesa una serie de golpes que traducidos en letras ofrecieron por resultado el nombre de «Juan Cruz.»

El doctor, estupefacto, repitió la pregunta, y los golpes repitieron el mismo nombre.

Los circunstantes se hallaban sorprendidos: ¿Quién era Juan Cruz? ¿Cómo se atrevía á competir con el Cid Campeador, Santa Teresa, Napoleón I habituales asistentes á aquellas reuniones? y sobre todo ¿por qué había usurpado el puesto de un santo tan caracterizado como San Francisco de Sales?

El doctor se vió obligado á dar algunas explicaciones respecto á Juan Cruz y reanudó su interrogatorio.

—¿Eres Juan Cruz?

—Sí.

—¿De dónde vienes?

—No quiero contestar.

—¿De qué país eres?

—De Rivadeo.

—¿Por qué no hablas gallego?

—Porque no me da la gana.

—¿Por qué has venido sin llamarte?

—A pedir que me den sepultura.

Al oír esta frase todos los presentes se conmovieron.

—¿Quién te ha negado el reposo mortal?

—Mí verdugo.

—¿Quién es?

—Ángel 1.º

—Insolente! no te burles de nosotros! ¿Quién es?

—Un médico.

—¿Cómo se llama?

—El doctor Romero.

Al oír esta respuesta, el pobre doctor experimentó un ligero síncope, y mientras se serenaba, como la reunión estuviere muy interesada, prosiguió una sesión interrumpida.

—¿Qué pides, pues?

—Ya lo he dicho; sepultura.

—¿Dónde?

—En tierra santa.

—¿En Jerusalén?

—No, en tierra santa ordinaria.

—¿Dónde está tu cuerpo?

—No lo sé.

—¿Podrá enterrarse?

—Quizá.

—¿Y si no se encuentra?

—Romero irá á Carabanchel.

Al oír esta respuesta del espíritu, el buen doctor que ya había vuelto de su desmayo, se estremeció de piés á cabeza.

Toda la reunión opinó que era necesario buscar el cuerpo de Juan Cruz y enterrarle.

VIII

El honrado y crédulo médico sabía que hay espíritus injustos y burlones, pero esto no obstante, la acusación fulminada por Juan Cruz contra él le preocupó grandemente. Quizá la moral del mundo de los espíritus era más exigente y depurada que la de la tierra. Tal vez él había sido cómplice inconsciente en las desgracias del joven gallego, exasperando con sus eternas polémicas el materialismo y la crueldad del doctor Moran.

Además, Juan Cruz había dicho:

—Romero irá á Carabanchel.

¿Cuál era el sentido de esta frase: una advertencia ó una amenaza?

Desobedecer á un espíritu era cosa grave, y por tanto, el buen médico se propuso cumplir á toda costa los deseos del muerto. Sabía que los despojos de este, despues de la sesión de electricidad, habían quedado en la sala de clínica de la calle de la Verónica; el doctor tenía las llaves de la casa que su compañero Moran le había dado cuando, sintiéndose enfermo, le encargó la asistencia de su clientela; y por consecuencia, el primer cuidado de Romero fué registrar minuciosamente la sala de disección y de experimentos.

Pero ni el cadáver, ni siquiera los restos de Juan Cruz, estaban allí.

Se trasladó al hospital provincial y vió á Martínez, el practicante favorito del doctor Moran. Este le dijo que el cadáver se hallaba en poder del preparador anatómico del doctor para montar el esqueleto y que si quería verle, en aquella hora debía hallarse en la sala de clínica del Colegio de San Carlos.

En efecto, Romero lo encontró allí y le pidió el esqueleto, en nombre del doctor Moran por el que estaba completamente autorizado en todo lo concerniente á asuntos profesionales. El preparador le dijo que la montura de la pieza anatómica estaba á punto de quedar terminada y que al día siguiente por la tarde, se la enviaría á su casa.

Con esta promesa Romero se tranquilizó algun tanto. Una vez en su poder, haría enterrar la osamenta de Juan Cruz y punto concluido.

Aquella noche se presentó en la sesión espiritista, contó las diligencias que había practicado y propuso la evocación del espíritu de Juan Cruz. Un orador pidió la palabra y declaró que dicha evocación era inconveniente, que el espiritismo debía ocuparse de cosas más trascendentales y que por última vez accedía á los deseos del doctor Romero.

La evocación, pues, comenzó bajo malos auspicios.

El mismo doctor sirvió de *medium*, y no sin gran trabajo consiguió que acudiera el espíritu rebelde; y como era *medium* de escritura, fué consignando en un papel las respuestas del interrogado.

—Juan Cruz, ¿estás aquí?

—Sí.

—Pronto serás enterrado.

—No, falta algo á mi cuerpo.

—¿El qué?

—Busca.

—¿La carne? eso es natural.

—No, falta otra cosilla.

—¿Y si se ha perdido?

—Eso nu es cuenta mia; te hagu responsable.

El doctor se estremeció.

—¿Por qué hablas en gallego?

—Porque me da la gana.

—¿Dónde encontrar lo que te falta?

—En Carabanchel. El otro perru de doctor lu sabe.

—¿Y qué hay que hacer?

—Llévale un huesu y él te dará otro.

—Basta—dijo el orador de oposición—Si el doctor Romero tiene cuentas particulares, á nosotros no nos importa. Necesito evocar el espíritu de Olózaga para que explique el sentido de la célebre frase:

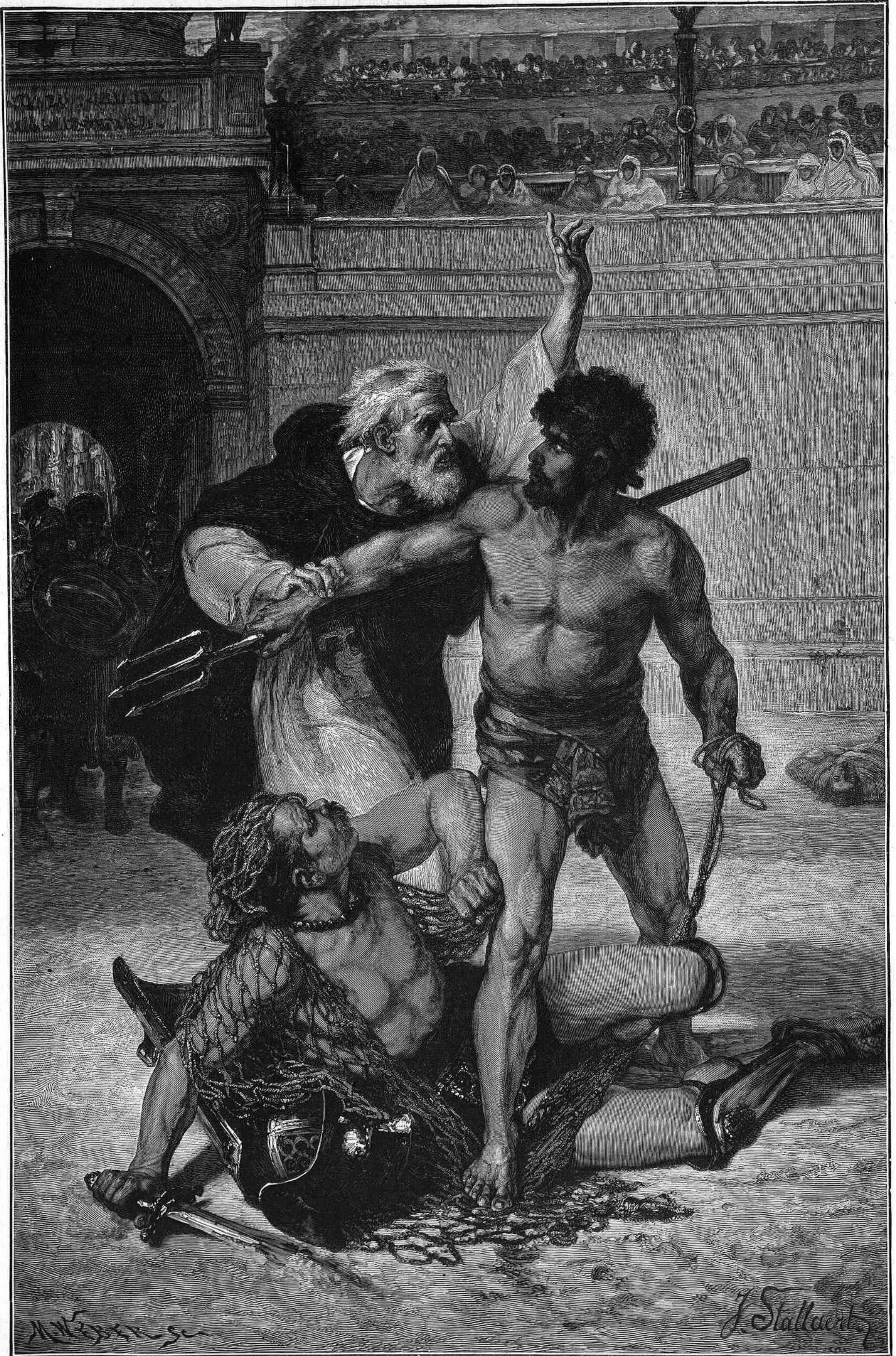
¡Dios salve al país, Dios salve á la Reina!

IX

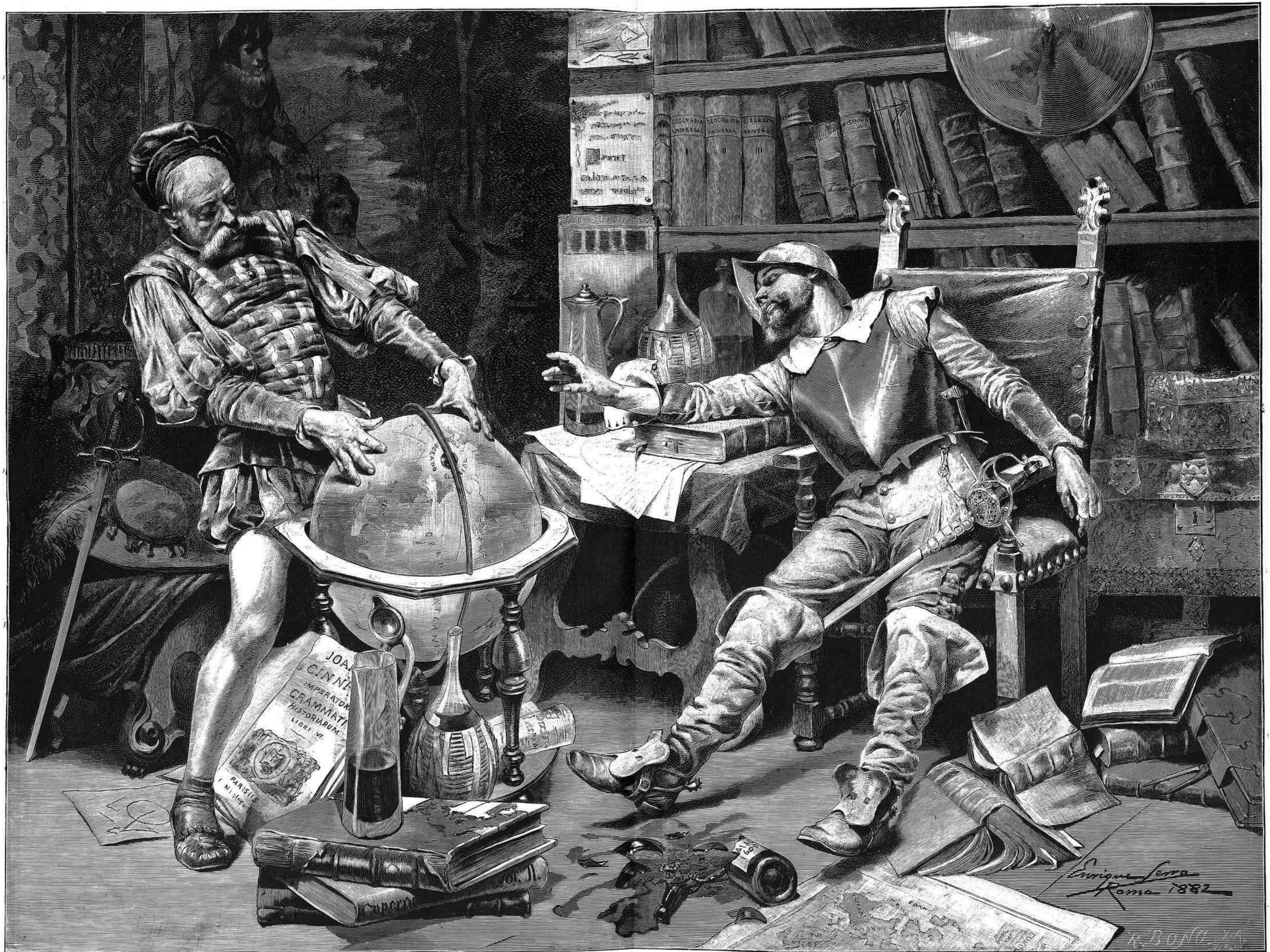
El pobre doctor salió casi loco de la sesión espiritista; la insistencia de Juan Cruz en hacerle cargar con la responsabilidad le aterrorizaba.

Se acostó y no pudo conciliar el sueño: tenía pesadillas despierto.

Por primera vez, admitió ó se esforzó en admitir que el espiritismo es una farsa, producto de imaginaciones exaltadas; y abrigó la esperanza de que el esqueleto del gallego, cabal y completo, le

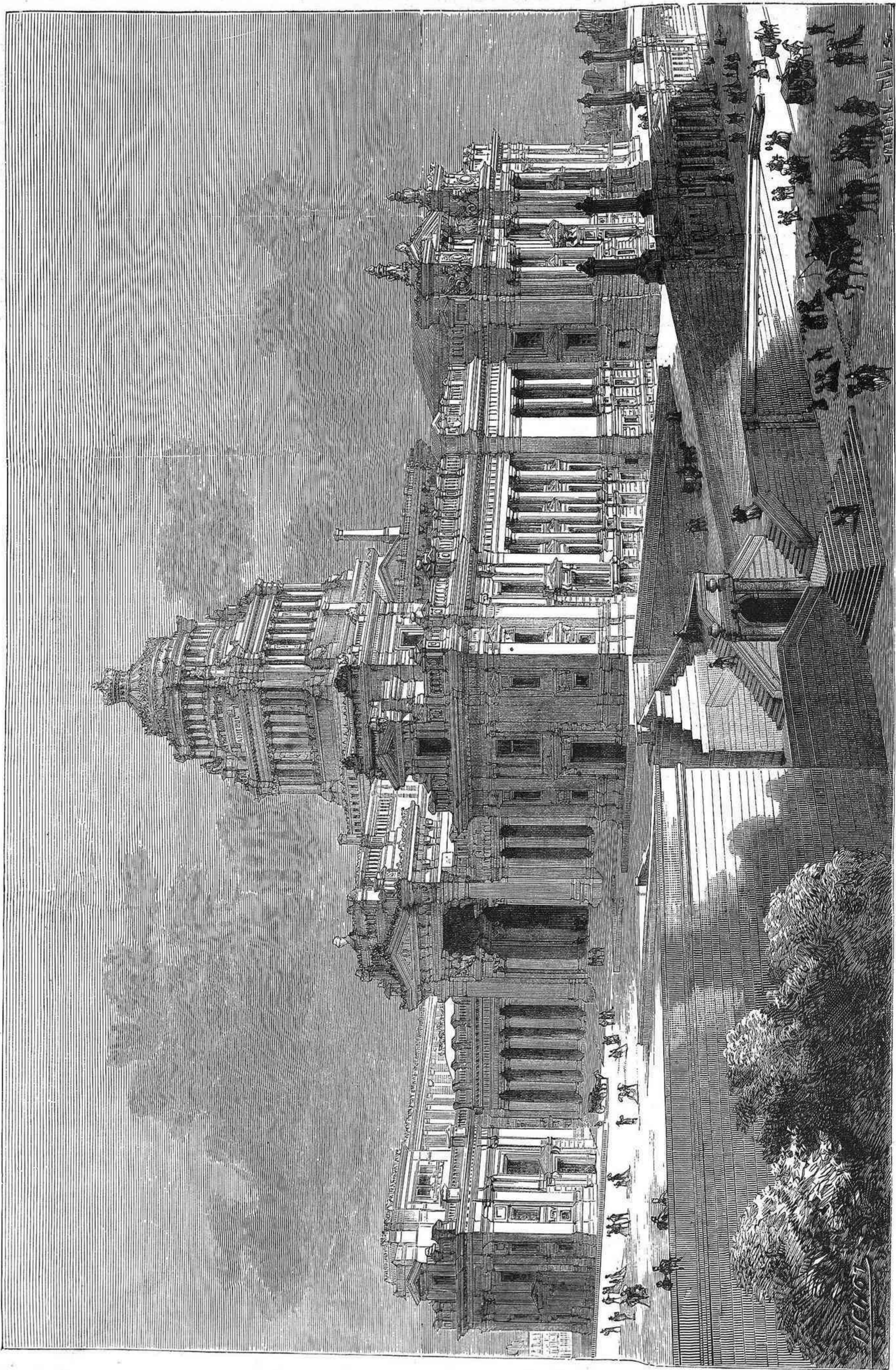


LOS ÚLTIMOS GLADIADORES, cuadro por J. Stallaert



E PUR SI MUOVE, DIBUJO POR ENRIQUE SERFA

7



EL NUEVO PALACIO DE JUSTICIA, EN BRUSELAS, construido segun los planos de M. Polaert

probaría que todo aquello era sólo el efecto de la alucinación de sus sentidos enfermos.

A las altas horas de la noche le rindió un sueño profundo, y cuando se despertó eran las cuatro y media de la tarde.

Afortunadamente aquel día no había sido de consulta particular; pero sin embargo no faltó a la visita de sus enfermos.

Estando vistiéndose apresuradamente, se presentó el preparador anatómico trayendo el esqueleto de Juan Cruz.

El doctor le examinó con febril impaciencia.

La montura era admirable, no faltaba ninguna pieza. El pobre médico respiró con satisfacción; el espíritu ó él se habían engañado. Pero al hacer jugar las articulaciones del esqueleto, quedóse atónito de sorpresa y de dolor; el *fémur* derecho era más corto y tenía un color imperceptiblemente más amarillento que el izquierdo. ¿A qué era debido esto? indudablemente habían sustituido un hueso con otro.

El doctor estaba anonadado: Juan Cruz tenía razón; la ciencia espiritista era una verdad inconcusa y él se hallaba bajo el peso de una gran responsabilidad espiritual y quizá material.

—¿Qué significa esto?—preguntó al preparador, que estaba presente.—Ha habido mistificación en la osamenta.

El preparador, titubeando, dijo, que en efecto, á fuerza de instancias, y por poco tiempo, había accedido á que un alumno de San Carlos, amigo suyo, se llevara un *fémur*, que no había podido devolverle porque habiéndole á su vez prestado á un compañero, á este se le había extraviado. No sabiendo qué hacer para salir del conflicto, buscó un *fémur* á propósito para adaptarle á la pieza anatómica, pero no pudo conseguirlo por las extraordinarias proporciones de los huesos. Por lo demás, sólo una mirada tan ejercitada é inteligente como la del doctor, podía notar la diferencia.

Este se había quedado como petrificado. Rogó al preparador que á toda costa buscara el *fémur* auténtico; pero el artista en huesos dijo, meneando la cabeza:

—Es imposible, señor. Temiendo el carácter duro y exigente del doctor Moran, dueño del esqueleto, he practicado las mayores diligencias para recobrar la pieza perdida. La fatalidad se ha mezclado en todo esto; el segundo estudiante había hecho un viaje con objeto de pasar una corta temporada al lado de su familia, y el hueso se extravió ó en Madrid durante su ausencia, ó tal vez en el camino.

El doctor no sabía qué hacer.

El don de segunda vista de los espíritus era indudable y debía serlo también la infalibilidad de sus venganzas. Un recurso quedaba para encontrar quizá el *fémur* perdido; el espíritu de Juan Cruz había dicho aludiendo al doctor Moran: «llévale un hueso y él te dará otro;» pero Romero vacilaba. ¿Cómo entenderse con un loco, despertando en él las ideas que le han hecho perder la razón?

El pobre doctor pasó dos días luchando contra el temor y la incertidumbre. Durante la noche soñaba con Juan Cruz y de día le veía en todas partes.

Un suceso acaecido en el hospital provincial aumentó sus terrores; un enfermo maltratado por un enfermero, amenazó á este diciéndole que, á un muerto, se vengaría. La defunción no se hizo esperar y el cuerpo fué llevado á la sala de disección y colocado sobre la mesa de trabajo. El enfermero, que estaba allí, después de permitirse algunas bromas á costa del muerto, iba á marcharse, pero resbalando en un charco de sangre, tendió maquinalemente la mano para buscar un punto de apoyo, y encontrólo en los muslos del cadáver que estaba al borde de la mesa: á la presión inferior, se levantó el busto del difunto, cuya cabeza chocó con la del enfermero, destrozándole el cráneo; pues sabido es que no hay nada tan duro como la cabeza de un muerto.

Esta venganza de *ultra-vita* era evidente; no se puede jugar con la gente del otro mundo.

X

La inquietud y la excitación del doctor Romero llegaron á su período álgido.

Su repulsión á ver á Moran se basaba en la duda. ¿Cómo podría darle este la pieza que faltaba al esqueleto de Juan Cruz? Verdad es que el espíritu podía haberse expresado en sentido figurado; *dar el hueso*, podía equivaler á indicar los medios de buscarle.

En cuanto al recelo de excitar la locura de Moran, era un inconveniente secundario; bien podía arriesgarse la razón de un impío por el laudable fin de llevar á cabo una obra cristiana, cual es dar sepultura á los despojos de un muerto.

Romero se decidió: no podía vivir agobiado por el peso de aquel temor y de aquella incertidumbre.

Envolvió el *fémur* falso en un paño, le encerró en una caja de madera y partió para el manicomio de Carabanchel.

Su primer cuidado fué tomar informes del director del establecimiento, respecto á Moran.

Este se hallaba relativamente bien y enteramente tranquilo, tanto que se le permitía andar por todas partes. En cuanto á su estado moral no era posible clasificarle. Generalmente se encerraba en un obstinado silencio; unas veces conocía á las personas que le hablaban y otras no.

—La afición ó manía saliente de ese pobre médico—dijo el director—consiste en hacer ejercicio y estar al aire libre. Véale V. ahora mismo paseando por el terrado, con el frío que hace sin nada en la cabeza.

En efecto, era una tarde nublada de los últimos días de Noviembre y soplaban un airecillo nada agradable.

—Yo no quiero contrariarle—repuso el director.—La naturaleza es previsora y he observado que el mejor tratamiento para los dementes es permitirles todas las expansiones posibles.

—¿Podré hablar á Moran?—dijo Romero.

—V. siempre, amigo mio—contestó el director:—no faltaba más. Siga ese pasillo y saldrá al terrado. Quisiera acompañar á V., pero oigo la campana de la portería, que anuncia visita. Voy á ver quién es.

Romero envuelto en su carrik, abrigó que empezaba á estar en moda, y llevando debajo la caja que contenía el *fémur* colgada del hombro por medio de un cordón de seda, se dirigió hácia el terrado.

Es preciso describir, aunque someramente, el lugar de la escena para mayor claridad de los sucesos subsiguientes.

Figúrese el lector un terrado de ocho ó diez metros de altura que domina á un patio con honores de jardín alcual se baja por medio de una escalera. El terrado, primitivamente, estaba bordeado de una balaustrada de madera, que posteriormente y para mayor seguridad, ha sido sustituida por otra de hierro. En la tarde á que nos referimos, trozos de la antigua valla estaban arrancados y varios albañiles y cerrajerós se ocupaban en colocar la de hierro.

En el patio, junto á la pared del terrado, había un pozo con brocal de piedra.

El doctor Moran paseaba lentamente y á veces se detenía para mirar distraidamente los trabajos de los operarios.

En una de estas paradas se aproximó á él el pobre doctor Romero.

XI

—Buenas tardes, amigo mio,—dijo con voz conmovida.

El loco le miró con fijeza y contestó:

—Buenas tardes.

—Halo á V. de muy buen aspecto —repuso Romero, que no sabía qué decir;— pronto volverá V. á Madrid, donde su presencia es necesaria.

—¿A Madrid? murmuró Moran maquinalemente.

—Sí, amigo mio. Desde que V. falta no se entienden en el hospital. Ahora comprenden la gran superioridad de V.; tanto que la facultad de medicina ha acordado permitirle que ensaye su sistema eléctrico.

Al oír estas palabras los ojos del loco se animaron, pero no dijo nada.

—La última sesión de V. ha dejado rastros indelibles—prosiguió Romero—y sólo se habla de los maravillosos resultados obtenidos por medio de la electricidad en el cadáver de Juan Cruz.

Moran hizo una mueca indescriptible, retrocedió tres ó cuatro pasos, llevó ambas manos á las sienes como para evocar un pensamiento, y volviendo á ganar el terreno perdido, se aproximó á Romero y poniéndole el puño junto á la nariz en ademán amenazador exclamó:

—¿Por qué me hablas de Juan Cruz?

Al ver aquella amenaza y aquellos ojos extraviados y fulgurantes que se clavaban en los suyos, fascinándole, el azorado doctor retrocedió á su vez.

—¿Por qué me hablas de Juan Cruz? —repitió el loco—¿Qué tengo yo que ver con la *caro data vermicibus*?

Indudablemente en aquel breve espacio, el flúido de demencia que despedía la mirada de Moran se transmitió al infeliz Romero, tan predispuesto á su influencia; pues instantáneamente su rostro se congestionó, sus dientes rechinaron de ira y exclamó con furibundo acento:

—¡Impío, verdugo! La carne estará comida de gusanos, pero los huesos están insepultos y el espíritu vive eternamente. El espíritu de Juan Cruz, ese espíritu á quien has atormentado, me envía aquí para que le devuelvas lo que le has robado. Toma y dame.

Y mientras profería estas palabras, se desabotonó el carrik, abrió la caja de madera, y desenvolviéndole del paño, presentó el *fémur* á Moran.

No es posible explicarse la impresión que este recibió. Fijos los ojos en el hueso, comenzó á andar de espaldas, retrocediendo ante Romero que le acoataba, diciendo:

—Toma y dame, pero dame pronto; no es justo que dos espíritus honrados padezcan por causa de tu grosero materialismo.

Y se adelantaba más y más hácia Moran y este retrocedía con la mirada espantada y el paso vacilante.

Entonces uno de los operarios que trabajaban en colocar la balaustrada de hierro, dió un grito y se dirigió corriendo hácia el loco. Ya era tarde; éste había llegado al límite del terrado por un sitio en que aquella estaba desmontada, y perdiendo pié, cayó al patio.

Al caer, chocó con la cabeza en el brocal del pozo, y quedó tendido en tierra, muerto instantáneamente.

¡Cosa rara ó providencial! Al ser reconocido, presentaba igual lesión que la que originó la muerte de Juan Cruz: tenía la cabeza completamente desprovista de la piel y una fractura del hueso temporal.

El doctor Romero, después de dos años de demencia tranquila, mística y llorona, sólo salió del manicomio de Carabanchel para ser trasladado al cementerio de la Patriarcal.

JULIO PARRA DE MURVIEDRO

MATIITAS

Yo te confesaré, D. Juan, primero, que ese blanco y carmin de doña Elvira, no tienen de ella más, si bien se mira, que el haberle costado su dinero.

Siempre que oigo hablar del realismo en el arte y del naturalismo de Zola, surge en mi espíritu el recuerdo de un drama realista ó de una realidad dramática que presencié hace ya bastantes años, en que fui, no simple espectador, sino casi parte de por medio y cuyo protagonista fué Matiitas; el pobre Matías del Paso, que en paz descanse: bien lo necesita.

Matías del Paso era un chico de ingenio felicísimo, de talento claro y de gran corazón; había nacido poeta y si sus no comunes disposiciones naturales hubiesen recibido el auxilio indispensable de la cultura y de la instrucción, habría pasado con glorioso renombre á la posteridad. Desgraciadamente para él, ni sus padres adivinaron en sus ojos la llama del genio, ni aun habiéndola adivinado habrían sabido qué hacer con una luz que ni servía para trabajar por la noche, ni daba calor bastante para hacer hervir el puchero. Matías, ó Matiitas como solían llamarle á causa de su poca estatura, fué siempre para sus parientes y allegados un haragan: solamente la madre comprendió algo de lo que en el fondo del alma de su hijo se ocultaba y por eso trabajó cuanto pudo para hacerle memorialista.

Y la madre se salió con la suya y logró, no sin grandes sacrificios y venciendo numerosas dificultades, instalar á su hijo en un establecimiento digno de competir con el del inolvidable sargento Mayor, á quien nosotros no hemos conocido, pero de cuyo valor y de cuya caligrafía se hacen lenguas cuantos le conocieron.

Pues señor, que notando cartas, memoriales y esquelas pasó Matías una parte de su vida sin que ni él mismo echase de ver lo mucho que valía, ni menos lo advertiesen los toscos sirvientes, los mozos rudos, los quintos groseros y las criadas torpes que de ordinario constituían su clientela y que le daban lo estrictamente necesario para vivir muy mal, á cambio de muchas desazones y continuas pejiğeras.

Ocurrió un día que al vecino del cuarto tercero, capitán de caballería con sus dejos de poeta y sus ribetes de literato, le dieron un ascenso con lo cual hubo en la casa una semi-revolución. El asistente, que tenía ley á su amo y que casi celebró más que el interesado mismo el suceso, consultó con el memorialista sobre la manera y forma de manifestar su regocijo, y Matías, á quien sucedía lo que al poeta latino que dijo:

Quidquid tentabam scribere versus erat

y que más de una vez había dictado memoriales cuajados de endecasílabos y de alejandrinos, juzgó lo más delicado y lo más propio dedicar al nuevo jefe una composición en quintillas. Muy bien pareció al asistente la idea del memorialista, con que sin perder tiempo pusieron manos á la obra y burla burlando salieron ocho quintillas que no habría rechazado Moratin el padre para su famosa *fiesta de toros*. Loco de gozo el asistente subió en dos zancadas la escalera de la habitación y casi sin aliento entregó los versos á la capitana á fin de que ésta los entregase á su marido. No era la capitana lo que podríamos llamar una doctora; pero, sin ser injustos, no debemos negarle el título de bachillera; leyó las quintillas y admiró que tan agudos conceptos hubiesen tomado forma y sér en aquella mollera cuyos aposentos parecía que de-

bieran hallarse desalojados; pero quien de ningún modo cayó en el garlito fué el capitán que muy luego advirtió cómo los versos y la frase y el estilo y todo estaba á mucha distancia del pobre Bartolo; que así se llamaba el asistente. Interrogó á éste; el infeliz confesó de plano, y en esta confesion tuvieron origen las tribulaciones y sufrimientos de Matías.

El capitán recién ascendido adivinó lo que ni los padres, ni los parientes del memorialista habian adivinado; aquella misma tarde al salir con su mujer á paseo dirigió la palabra á Matías y bastó un cuarto de hora de conversacion para que el militar, hombre de mundo, que habia corrido como suele decirse *las siete partidas*, comprendiese que habia encontrado una mina y se decidiese á explotarla.

Al día siguiente hizo que Matías subiese al piso tercero y encerrándose con él en su despacho le habló en estos términos:—Matías, es preciso que V. estudie algo: un poco tarde es ya; pero nunca para el bien fué tarde y más vale tarde que nunca: es necesario que aproveche V. sus disposiciones para la poesía y es un crimen que permanezca estéril, infecundo, un ingenio como el de V.—Pero señor, respondió todo atortolado el memorialista, yo soy apasionado por los versos, lo confieso; siento aquí algo (y se tocaba en la frente) y más todavía aquí (y se llevaba la mano al corazón); pero ¡ay! las exigencias prosaicas del estómago no admiten aplazamientos: el tiempo que yo emplease en estudiar sería tiempo perdido para mis necesidades y mis urgencias; así pues, he de renunciar á tales pretensiones.—Nada de renunciar, interrumpió el soldado, porque yo me encargo de todo. Vamos á ver, ¿cuánto saca V. de su profesion de memorialista?

—Pues, un día con otro,—contestó despues de pensarlo un instante Matías,—un día con otro bien sacaré seis reales.

—Corriente, pues desde hoy tiene V. ocho por ser mi escribiente ó mi secretario particular. Yo utilizaré los servicios de V. un par de horas al día; las restantes puede V. dedicarlas al estudio.

Los que por espacio de muchos años han tenido precision de resignarse á ocupar un puesto que á conciencia era muy inferior á ellos; los que han necesitado sofocar generosas aspiraciones, impulsos nobles, tendencias dignas hácia el ideal, sojuzgados y abrumados por la pesadumbre inmensa de las realidades, comprenderán, sin esfuerzo, cuánto fué el gozo de Matías; aceptó desde luego y expresó como pudo (y pudo muy poco) su reconocimiento.

Al día siguiente vendió por catorce reales los muebles y enseres de su escritorio, traspasó el establecimiento y comenzó á ejercer sus funciones de escribiente y á disponer sus tareas de estudiante.

Matiitas fué desde entonces el escribiente de D. Tadeo, y como escribiente de D. Tadeo le conocian todos los amigos del capitán y en este concepto fué presentado en algunos círculos literarios, tertulias y cafés á que D. Tadeo concurría.

No trascurrieron muchos meses sin que los resultados justificasen la prevision de D. Tadeo. Matías comenzó á escribir ensayos que tímidamente presentaba á su principal (así nombraba á D. Tadeo); éste los leía con fingida indiferencia y los guardaba diciendo siempre:—Aún vale poco, aún vale poco esto; debes hacer más; sirves para mucho más. Y hoy le encargaba un artículo de costumbres, y mañana un juguete cómico, y despues un cuento en verso, y más adelante una oda, y así, sin acabar nunca los encargos y sin quedar nunca satisfecho aunque jamás le devolvía los originales. Matías, el lector lo ha adivinado sin duda, era un para poco, un pusilánime; todo lo que tenia de altos vuelos y de grande inspiracion como poeta de empuje y de nervio, tenia como hombre de apocado y meticuloso: su cortedad rayaba ya en la tontería; sólo así se explica que durante tres años estuviese D. Tadeo utilizando los trabajos de su escribiente para publicar, como si fueran de D. Tadeo y por D. Tadeo firmados, trabajos literarios de todas clases: composiciones para certámenes, en muchos de los cuales obtuvo premio, artículos para periódicos, piezas para el teatro, poesías para publicaciones humorísticas, todo lo cual creó á D. Tadeo envidiable reputacion de excelente poeta, de literato ingenioso y de autor cómico de mucha *vis*. Al cabo, bien porque alguno comprendiese que D. Tadeo no era de la madera de los que hacen esos juguetes con *vis cómica*, bien porque Matías viesse representar alguno de sus juguetes y advirtiese que en el cartel atribuian la paternidad á D. Tadeo, bien por otra causa que yo ignoro, Matías se enteró de lo que ocurría, y bien que cobarde y humilde, á lo cual contribuian en gran parte las sugestiones de la gratitud que segun él debía á D. Tadeo, se atrevió á hacer algunas ligeras indicaciones sobre el asunto.

Don Tadeo no negó el hecho: bien que cómo habia de negarlo? pero demostró como tres y dos son cinco que lo habia llevado á cabo en bien de Matías.

—Usted—le dijo,—es muchacho de porvenir, y por el contrario, soy yo viejo: la reputacion de V. como poeta podria padecer apadrinando hoy esas composiciones de fectuosas de un principiante; yo, un militar que por aficion sólo me dedico á la literatura, puedo poner ahí mi firma sólo perjudicarme. Así y todo, como, en efecto, ya las cosas de V. van siendo aceptables, yo continuaré firmándolas; pero se las pagaré bien.

Matías nunca habia imaginado que por sus composiciones pudiera cualquier día cobrar algo; así pues, aceptó con gratitud, y recibiendo cuatro pesetas por un artículo, y

dos duros por una comedia, y real y medio por un epígrama y un soneto, pasó malamente otro par de años. Y á todo esto la fama, algo discutida, de D. Tadeo volaba y Matiitas continuaba sumido en la oscuridad del anónimo.

Y fué lo peor del caso que D. Tadeo, con intencion perversa y abusando del ascendiente que sus años, su posicion y los supuestos favores hechos á Matías le daban sobre éste, hizo que su infeliz escribiente contrajese el vicio de embriagarse. Constantemente beodo, recorriendo tabernas y lupanares, solamente de vez en cuando y siempre que la necesidad de beber más le apremiaba, tenia Matías momentos de lucidez que aprovechaba para escribir lindísimos juguetes ó artículos chispeantes que vendia por algunos reales, siempre muy pocos, á D. Tadeo.

Aquel filon explotado tan sin conciencia, la riqueza robada tan descaradamente llegó á su término; las obras de Matías comenzaron á carecer de inspiracion; el público las hallaba flojas, sin brio, sin gracia, sin aquella *vis cómica* que las prestaba en otro tiempo animacion y vida. D. Tadeo en vista de esto, hizo con Matiitas lo que se hace con las cosas inútiles; le arrojó de su casa.

Entonces comenzó para Matías una vida de privaciones y de sufrimientos indecibles.

Pasaba los días sin comer y las noches durmiendo al raso: si por acaso le dejaban dormir en un figon donde habia comido unas sopas, considerábase el más afortunado de los mortales.

Componia unas aleluyas, recordaba su antigua profesion de memorialista y escribia memoriales, y hambriento casi siempre y casi siempre tambien ebrio, causaba al propio tiempo repulsion y lástima.

Un día, por acaso, encontró su inspiracion antigua, su fecundidad que juzgó perdida para siempre; escribió una comedia llena de gracia, rebosando de chiste y al mismo tiempo con cierto saborcillo amargo que le daba carácter; Matías queria que aquella obra se representara dando él su nombre; aquello era para Matías comenzar su rehabilitacion; guardaba cuidadosamente el manuscrito; pero una noche en que carecia de dinero para aguardiente lo enajenó por veinte pesetas: pocas horas despues le encontraron los dependientes de la autoridad completamente sin sentido y en medio del arroyo. La gloria y la rehabilitacion que esperaba, habíanse reducido á una cena opípara y á una borrachera monumental.

El manuscrito de Matías habia ido, sin embargo, á poder de un inteligente y que además de ser inteligente no se engalanaba nunca con plumas ajenas: explotaba su negocio, pero no robaba la gloria. Llevó la obra al teatro y la obra alcanzó un éxito inusitado: el público llamó al autor, y el autor, á quien sus amigos habian hallado como siempre embriagado en la calle, salió sostenido por dos actores, pálido, sudando á mares, y sin saber lo que le pasaba.

Oyó los aplausos, escuchó las aclamaciones, saboreó su triunfo y los que le sostenian le oyeron murmurar entre dientes:

—Eso, eso; soy yo; no es D. Tadeo que era un alcornoque: soy yo, el genio, el poeta, quien ha hecho esto; pues espera, espera, que todavía haré más y entonces me sacarán en triunfo por las calles.

Pocas semanas despues Matiitas moria en una cama del hospital.

Aquella emocion y su funesto vicio habian ocasionado su muerte.

El editor sacó de la obra algunos miles de duros. Matiitas fué enterrado de limosna.

Algunos amigos lamentaron su desgracia y consagraron grandes elogios á su talento.

Muchos, que le habian negado el saludo ó un socorro cuando vivo, honraron la memoria del muerto; así sucede siempre.

¡¡Pobre Matías!!

Lo repito: Descanse en paz: bien lo necesita.

A. SANCHEZ PEREZ

GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE

DE LOS SEÑORES ALBERTO Y GASTON TISSANDIER DE PARIS

El experimento de este nuevo globo ha tenido lugar en Paris el 8 de octubre último, pero ántes de dar cuenta de sus resultados conviene describir los materiales que hemos empleado en su construccion.

El globo dirigible eléctrico se compone de tres aparatos distintos: 1.º el globo propiamente dicho; 2.º el aparato de gas que sirve para hincharlo, y 3.º el motor eléctrico destinado á imprimirle movimiento por medio de un hélice que, girando, busca en el aire su punto de apoyo.

La construccion de un buque aéreo de forma prolongada ofrece serias dificultades, pudiéndose guiar solamente por los datos de dos ensayos anteriores, el de Enrique Giffard en 1852 y el de M. Dupuy de Lome en 1872. En el pequeño modelo que hicimos funcionar cuando tuvo lugar la Exposicion de electricidad, adoptamos, como medio para suspender la barquilla, una percha longitudinal inferior análoga á la del buque aéreo de vapor ideado por M. Giffard. Posteriormente nos pareció preferible colocar un hélice en la parte posterior de una grande barquilla paralelepípedica, de elevacion bastante para resguardar al propulsor del peligro de un choque al verificar el descenso. En este caso, la barquilla habia de unirse al globo por medio de cuerdas de suspension oblicuas y las deformaciones del sistema debian evitarse

por medio de bandas flexibles sujetas á entrambos lados del globo.

Con sujecion á estas reglas ha sido fabricado el globo por mi hermano, en los talleres de M. H. Lachambre, que ha tomado á su cargo la construccion del buque aéreo. Por de pronto se fabricó un pequeño modelo de 15 metros cúbicos de capacidad y únicamente despues de haber experimentado sus condiciones en estado cautivo, nos arriesgamos á construir el gran globo.

El aeróstato eléctrico tiene una forma parecida á la de los globos de M. Giffard y de M. Dupuy de Lome: 28 metros de longitud de punta á punta y 9^m 20 de diámetro en su centro. Hállase provisto en su parte inferior de un cono de apéndice terminado por una válvula automática. La tela es percalina hecha impermeable por medio de un barniz nuevo de calidad superior. El volúmen del globo es de 1.060 metros cúbicos.

La bolsa ó red de suspension se halla fabricada de tiras cosidas á unos husos longitudinales que las sostienen en la posicion geométrica que deben ocupar. Las tiras dispuestas de esta suerte se adaptan perfectamente á la tela hinchada y no sobresalen de ella ni poco ni mucho, como sucederia con las mallas de una red.

La red de suspension se halla sujeta á los flancos del globo por medio de dos anjarillas laterales flexibles, que toman perfectamente la forma de aquél, de punta á punta, pasando por el ecuador. Estos soportes son fabricados de latas muy delgadas de nogal adaptadas á unos bambúes serrados longitudinalmente, solidado por medio de trenzas de seda. En la parte inferior de la bolsa hay una especie de patas de oca rematadas por veinte cuerdas de suspension que se reunen de cinco en cinco á los cuatro ángulos superiores de la navecilla. Esta tiene la forma de una jaula: sus materiales son bambúes unidos entre sí y consolidados por medio de alambres de cobre forrados de guta-percha. La parte inferior de la navecilla está construida con travesaños de nogal que sustentan una cesta de mimbre. Las cuerdas de suspension envuelven completamente la navecilla; se han entretrejido con la cestería inferior y forrado anticipadamente con una capa de caucho que, en caso de avería, las preservaria de todo contacto con el líquido ácido contenido en la barquilla para alimentar las pilas.

Las cuerdas de suspension se hallan ligadas entre sí por una corona de cordaje colocada á dos metros encima de la navecilla.

Los aparatos de detencion y descenso, cuerda de áncora y demás se hallan sujetos á esa corona que, además, sirve para repartir por igual la traccion en la bajada. El timon fabricado con una haz de seda sin barnizar sostenido en parte por un bambú, se halla adaptado igualmente á la parte posterior de esa corona ó círculo de cuerda.

Hé aquí el peso de las diferentes piezas empleadas en el globo:

El globo propiamente dicho, con sus válvulas.	170 kilógs.
La red, el timon y las cuerdas de suspension.	70 »
Correas laterales flexibles.	34 »
Navecilla.	100 »
Motor, hélice y pilas, con el líquido para hacerlas funcionar durante dos horas y media.	280 »
Aparatos de detencion, áncora y demás.	50 »
<hr/>	
Peso del material fijo.	704 »
Dos viajeros con sus instrumentos.	150 »
Lastre elevado.	386 »
<hr/>	
Peso total.	1,240 »

La fuerza ascensional era de 1250 kilogramos, y por consiguiente, siendo el volúmen del globo de 1060 metros, el gas tenia una fuerza de ascension de 1180 gramos por metro cúbico, resultado jamás obtenido con el hidrógeno.

Desde fines de setiembre el aparato de gas estaba en disposicion de funcionar; el globo colocado sobre el terreno, bajo una tienda movable, á fin de poderlo hinchar inmediatamente; la navecilla y el motor se hallaban en un cobertizo próximo, y mi hermano y yo aguardábamos simplemente que el tiempo nos fuera propicio para hacer el ensayo.

Desde el sábado 6 se determinó el alza barométrica; el domingo 7 amaneció con buen tiempo y viento ligero; por lo cual decidimos hacer dicho ensayo el siguiente lunes 8 de octubre de 1883.

A las ocho de la mañana empezamos á hinchar el globo, cuya operacion duró hasta las dos y media de la tarde; facilitada por medio de cuerdas ecuatoriales que colgaban á derecha é izquierda del globo, á lo largo de las cuales bajamos los sacos de lastre. Cuando se hubo llenado el globo, procedióse á la instalacion de la barquilla y de los recipientes de ebonita, cada uno de los cuales contenia 30 litros de disolucion ácida de bicromato de potasa. A las tres y veinte minutos, despues de haber estivoado el lastre en la barquilla y procedido á las operaciones para el equilibrio conveniente, nos remontamos lentamente con viento ligero del E. S. E.

En tierra no hacia poco ni mucho viento; pero, como sucede á menudo, iba en aumento á medida que la altura era mayor, habiendo podido constatar, merced á la traslacion del globo por encima del suelo, que á la altura de 500 metros su velocidad era de 3 metros por segundo.

Mi hermano se ocupaba especialmente de graduar el lastre con la mira de mantener el globo á una altura constante y poco distante de la tierra. El globo permaneció con toda regularidad á una altura de 400 ó 500 me-

tros, estuvo constantemente hinchado y el exceso de gas se escapó por la dilatación, abriendo con su misma presión la válvula automática inferior, que funcionó perfectamente.

Algunos minutos después de la partida hice funcionar la batería de pilas de bicromato de potasa, compuesto de cuatro artesas con seis compartimientos, ó sean veinticuatro elementos montados en tensión. Un conmutador de mercurio nos permitía hacer funcionar según nuestra voluntad, seis, doce, diez y ocho ó veinticuatro elementos, imprimiendo de esta suerte cuatro distintas velocidades al hélice, que varió de 60 á 180 vueltas por minuto. Con doce elementos en tensión pudimos comprobar que la velocidad del globo era insuficiente; pero al encontrarnos encima del bosque de Boloña, cuando hicimos funcionar el motor á gran velocidad, merced á los 24 elementos, se obtuvo un efecto muy distinto. La traslación del globo se hacia cada vez más apreciable ó sensible, experimentando viento fresco producido por nuestro desplazamiento horizontal. Cuando el globo presentaba al viento su parte anterior, es decir, cuando su punta delantera se dirigía hácia el campanario de la iglesia de Auteuil, próxima á nuestro punto de partida, hacia frente á la corriente aérea y permanecía inmóvil, lo cual pudimos comprobar cotejando algunas señales de la tierra debajo de nuestra barquilla. Desgraciadamente el globo permanecía breves momentos en esta posición favorable y después de haber funcionado con regularidad durante algunos momentos, experimentaba súbitamente algunos movimientos giratorios que el timón no podía impedir del todo.

A pesar de esas rotaciones, que hallaremos manera de evitar en otros ensayos, volvimos á empezar la misma maniobra durante más de veinte minutos, lo cual nos permitió estacionarnos sensiblemente encima del Bosque de Boloña.

Al querer cambiar de sitio cortando el aire en dirección perpendicular á la marcha de la corriente aérea, el timón se hinchaba como una vela y las rotaciones se producían con mucha mayor intensidad; deduciendo de estos hechos que la posición que ha de guardar un buque aéreo

debe ser tal que su eje mayor forme con la línea del viento un ángulo de pocos grados.

Hechas las pruebas que dejamos referidas, detuvimos el motor y el globo cruzó por encima del Monte Valeriano. Una vez tomada la corriente del aire, volvimos á voltear el hélice, marchando entonces en el sentido de la corriente aérea, con aumento de velocidad en la traslación del globo y obteniendo fácilmente, por la acción del timón, desviaciones á derecha é izquierda de la línea del viento. Pudimos constatar este resultado por el sistema que ántes habíamos empleado, ó sea tomando puntos de mira en la tierra, al igual que en esta pudieron comprobarlo distintos observadores.

A las 4 y 35 minutos verificamos nuestro descenso, tomando tierra en una llanura próxima á Croissy-sur-Seine, gracias á las excelentes maniobras de mi hermano. El globo eléctrico permaneció hinchado todo aquel día y el siguiente; no había perdido cantidad alguna de gas y permanecía tan hinchado como al tiempo de emprender el viaje. Pintores y fotógrafos han podido reproducir nuestro buque aéreo, en medio de una muchedumbre simpática, procedente de distintas poblaciones.

De buena gana hubiéramos emprendido el mismo día una segunda ascension; pero el frío de la noche había determinado la cristalización del bicromato de potasa en

en la barquilla es sumamente fácil;

que en el caso concreto de nuestro globo eléctrico, cuando nuestro hélice de 2 metros 80 centímetros de diámetro giraba con una velocidad de 180 vueltas por minuto, con un trabajo efectivo de 100 kilogramos, habíamos de hacer frente á un viento de 3 metros por segundo, cuidando de que en el descenso, la corriente no nos desviase de la línea del viento, cosa que parecía sumamente factible;

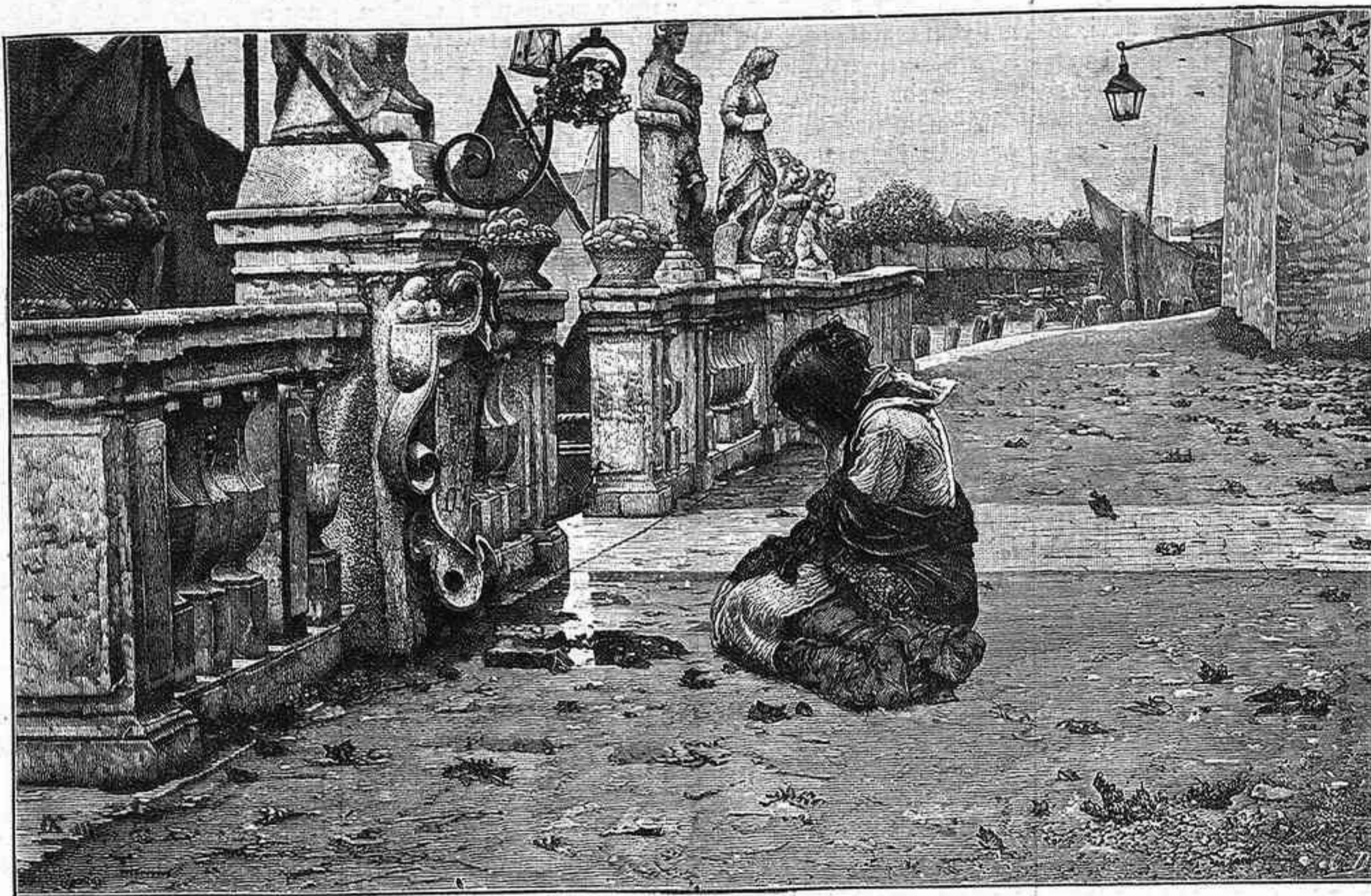
que el sistema de suspensión de la navicilla á un globo prolongado, por medio de cinchas oblicuas afectas á unas angarillas laterales flexibles, es de una seguridad perfecta.

Debemos añadir que nuestra ascension de 8 de octubre no debe apreciarse sino como un ensayo preliminar que se repetirá con las mejoras de que es susceptible nuestro material; debiendo hacer observar que en ese primer ensayo teníamos en la barquilla un exceso considerable de lastre y que en los sucesivos experimentos nos será sumamente fácil emplear un motor más poderoso.

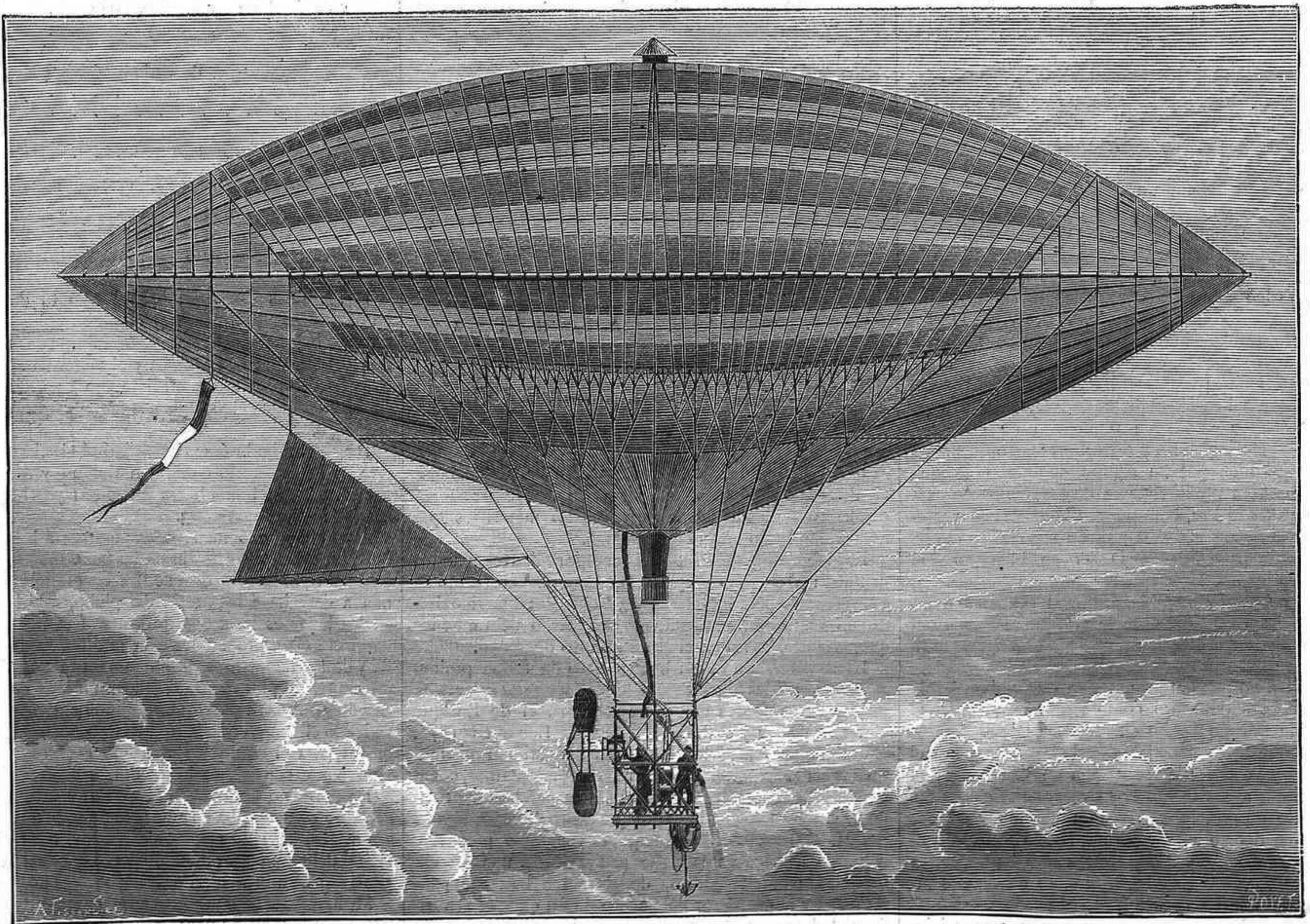
La navegación aérea no se creará de una sola vez: necesita repetidos ensayos, esfuerzos múltiples y una constancia á toda prueba.

GASTON TISSANDIER

(Concluirá)



REFUGIUM PECCATORUM, cuadro por Luis Nono



GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE de los Sres. Alberto y Gaston Tissandier

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON